

caída? espero que no os acordareis mas de ella? le dijo la mamá de Adelaida que estaba sentada en una silla poltrona en el rincon de la chimenea, y señalándole un sillón de brazos para que tomara asiento.

—No, señora, yo no puedo menos de estaros profundamente reconocido por el cuidado que me prodigasteis, y sobre todo á esta señorita.

Esta frase la dijo impresa de esa adorable estupidez que dá al alma las primeras perturbaciones del amor verdadero.

Hipólito no cesaba de mirar á la jóven.

Adelaida encendia la lámpara de doble corriente de aire, sin duda para hacer desaparecer una vela de sebo metida en una gran palmatoria de cobre y adornada de aquellas estrias salientes que deja la vela cuando se corre extraordinariamente.

Saludó ligeramente y marchó á la antesala á dejar la palmatoria, y á la vuelta colocó la lámpara encima de la chimenea, tomando asiento junto á su madre, un poco detrás del pintor, á fin de poderle mirar á su placer, pareciendo muy ocupada en el arreglo de la lám-

para, cuya luz, impregnada de la humedad de un vaso empañado, chisporroteaba debatiendo con una mecha negra y mal cortada.

Hipólito separó su vista del gran cristal que adornaba la chimenea para fijar sus ojos en la hermosa Adelaida, cuyo artificio solo sirvió para embarazar mas á los dos.

Con la charla de madama Leseigneur, Hipólito tuvo tiempo á hurtadillas de examinar el salón, que estaba mas decente que el resto de la habitacion. Miró apenas las figuras egipcias de los morillos de hierro de la chimenea, que estaban llenos de ceniza; dos tizones trataban de volverse á juntar delante de un torcido tronco, quemado ya en el piso, y cuidadosamente enterrado en la ceniza, como pudiera estarlo el tesoro de un avaro. Un viejo tapiz de Aubusson muy remendado y tan usado como el uniforme de un inválido, apenas cubria todos los ladrillos, cuyo frio se hacia sentir en los pies.

Las paredes estaban adornadas de un papel rojizo, figurando una tela de lustrina con dibujos amarillos.

En medio de la pared opuesta á la de las ventanas, el pintor vió una hendidura y las roturas producidas en el papel por las dos puertas de una alcoba, donde madama Leseigneur se acostaba sin duda, y que un canapé colocado delante, disimulaba mal. En frente de la chimenea, encima de una cómoda de caoba, cuyos adornos no marcaban ni la riqueza ni el gusto, se veía el retrato de un militar de alta graduacion, que la poca luz no permitía que el pintor distinguiera nada, mas despues que se fijó algun tanto, penso que este retrato horrible debía de estar pintado en China. En las ventanas, las cortinas de seda encarnadas, estaban descoloridas como los muebles y las tapicerías amarillas y rojas del salon y demás.

Sobre el mármol de la cómoda un precioso plato de malaquita sostenía una docena de tazas de café de magníficas pinturas, sin duda fabricadas en Sévres. Sobre la chimenea se elevaba el eterno péndulo del imperio, un guerrero guiando los cuatro caballos de un carro, donde las ruedas llevaban en cada rayo la cifra de una hora.

Las bugías de los candeleros estaban amarillentas por el humo, y en cada esquina de las rinconeras se veía un vaso de porcelana coronado de flores artificiales, guarnecidas de musgo y llenas de polvo.

En medio de la pieza, Hipólito vió una mesa de juego llena de cartas nuevas.

Para un observador presentaba esto yo no sé qué de desolador y miseria, como una vieja que con afeites y mentiras quiere disimular su edad. A la vista de este espectáculo, todo hombre de buen sentido se sentía propuesto á formular esta especie de dilema.

O estas dos mugeres son la prebidad misma, ó viven de la intriga y del juego. Mas en viendo á Adelaida, un jóven como Stinner debía creer en la inocencia mas perfecta, y fundar la incoherencia del mobiliario en otra causa mas decente y honrosa.

—Hija mia, dijo la anciana señora, tengo frio, arréglanos un poco de fuego y trae mi chal.

Adelaida se introdujo en el cuarto contiguo al salon, donde sin duda ella se acostaba, y

volvió trayendo á su madre un chal de cachemir, que nuevo debia haber costado un gran precio, pues los dibujos eran verdaderamente indianos, mas viejo, sin franja y lleno de remiendos armonizaba con los muebles.

Madama Leseigneur se envolvió artísticamente con la destreza de una vieja señora que quiere hacer creer la veracidad de sus palabras.

La jóven corrió con ligereza al gafarnau, y reapareció llevando un puñado de pequeñas maderas que dejó en la chimenea para encender un mediano fuego.

Sería muy difícil de traducir la conversacion que tuvieron estas tres personas. Guiado por el tacto que diariamente produce la desgracia desde la infancia, Hipólito no se permitia la menor observacion relativa á la posicion de sus vecinas, viendo á su rededor los síntomas de una amargura mal disfrazada. La mas simple pregunta hubiera sido indiscreta, no debiendo ser hecha mas que por una amistad muy antigua.

Con todo esto, el pintor estaba profundamente preocupado á la vista de esta miseria

encubierta, sufriendo su alma generosa; mas sabiendo que toda especie de piedad, hasta la de la amistad misma, puede ser ofensiva, se encontraba mal, con el desacuerdo que existia entre sus pensamientos y sus palabras.

Las dos mugeres hablaron desde luego de pintura, porque las señoras comprenden perfectamente el secreto embarazo que causa una primera visita. Ellas le probaron por ventura que la naturaleza del espíritu suministra mil resortes para hacerlos cesar.

La jóven le interrogó sobre los procedimientos materiales de su arte, de sus estudios, tratando de animar la conversacion con infinidad de bagatelas que obligaron naturalmente á Hipólito á emitir sus reflexiones, que pintaban la naturaleza de su mérito y de su alma.

Los disgustos habian prematuramente marchitado la paz de la anciana señora, sin duda bella en otro tiempo; solo le restaba los modales sobresalientes, los contornos, en una palabra, el esqueleto de una fisonomía, donde el conjunto indicaba una gran finura, mucha

gracia en el juego de los ojos, donde se encontraba la espresion particular de las mugeres de la antigua corte, y que nada podrá definir.

Estos tratos finos y delicados pueden tambien denotar los sentimientos malos, y hacer suponer la astucia y la doblez femeniles en una alta degradacion de perversidad, que revelan las delicadezas de una bella alma.

En efecto, la fisonomía de la muger no deja de ser embarazosa para los observadores vulgares, que la diferencia entre la franqueza y la doblez, entre el génio de la intriga y el génio del corazon apenas se puede notar.

El hombre dotado de una vista penetrante, adivina esa mudanza imperceptible, que produce una línea mas ó menos curva, un hoyuelo mas ó menos ahuecado, una salida mas ó menos impetuosa. La apreciacion de estos diagnósticos entra toda entera en el dominio de la intuicion que puede ella sola descubrir, lo que á muchos interesa ocultar.

El estado de la fisonomía de esta anciana señora, era como la habitacion que ocupaba, parecia bastante difícil de saber si esta miseria

cubria los vicios ó una alta probidad, y de reconocer si la madre de Adelaida era una anciana coqueta, habituada á pesar, á calcular y venderlo todo, ó una muger digna, llena de nobleza y relevantes cualidades.

Mas á la edad de Stinner, el primer movimiento del corazon es creer en el bien. Por lo tanto, contemplando la frente noble y casi desdeñosa de Adelaida mirando sus ojos llenos de espresion y de pensamientos, respiró, si así puede decirse, los suaves y modestos perfumes de la virtud.

En medio de la conversacion tuvo ocasion de hablar de los retratos en general, para tener el derecho de examinar aquel espantoso cuadro cuyas tintas todas eran pálidas y que el polvo habia borrado en gran parte.

—Ustedes tendrán á esta pintura en gran estima, por la semejanza sin duda, señoras mias, aunque el dibujo es horrible, no es verdad? dijo mirando á Adelaida.

Fué hecho en Calcuta con gran prisa, respondió la madre con voz temblorosa.

Y contempló aquel bosquejo informe con ese

abandono profundo que dan los recuerdos de ventura, cuando ellas se despiertan y caen sobre el corazon como un bienhechor rocío que refresca las impresiones del alma, á las cuales se abandona. Mas con todo esto, la espresion de la fisonomía de la anciana demostraba un dolor eterno. Al menos, así quiso interpretar el pintor la actitud y la fisonomía de su vecina, cerca de la cual vino despues á asesorarse.

—Señora, la dije, despues de un poco de tiempo, el colorido de este pastel habrá desaparecido. El retrato no existirá mas que en nuestra memoria. Donde veis una figura que os es tan querida, los otros no podrán apereibir nada absolutamente, ¿quereis permitirme el que trasporte este diseño á otro lienzo? quedará mas sólidamente fijado que lo está en este papel. Concededme, en favor de nuestra vecindad, el placer de haceros este servicio, pues me encuentro en las horas en que un artista ama el descanso de sus grandes composiciones y el trabajo de un retrato menos laborioso, como es el de rehacer esta cabeza, será para mí una distraccion.

La anciana señora se conmovió al oir estas palabras, y Adelaida arrojó sobre el pintor una de esas miradas recogidas que parecen ser un rayo del alma. Hipólito queria captarse las simpatías de sus dos vecinas de cualquier manera para tener el derecho de mezclarse en su vida privada. Su ofrecimiento participaba de las mas vivas afecciones de su corazon, y era solo el único que le era dable hacer, y contando con su grandeza de artista no habia nada en esto de ofensivo para las dos señoras.

Madama Leseigneur aceptó sin premura ni pena, con esa conciencia que poseen las almas grandes que saben comprender los lazos á que ligan semejantes obligaciones, y que son un magnifico elogio y una prueba de estimacion.

—Me parece, dijo el pintor, que este uniforme es de un oficial de marina.

—Sí, contestó ella, es de capitán de fragata, Mr. Rouville, mi esposo, murió en Batavia de resultas de una herida que recibió en un combate sostenido contra un buque inglés que se encontraba en las costas de Asia. Mandaba una fragata que montaba cincuenta y seis ca-

ñones, y el *Revenge* era un barco de ochenta y seis. La lucha fué muy desigual, mas él se defendió heroicamente desde la mañana hasta la noche, y pudo escapar.

Cuando yo volví á Francia, Bonaparte no estaba en el poder y me fué rehusada una pension.

Despues, posteriormente, la he solicitado de nuevo, y el ministro me ha dicho con dureza que si el baron Rouville hubiera sido un emigrado, yo la hubiera conseguido.

El sería sin duda hoy dia contralmirante. Su escelencia, en fin, concluyó por citarme yo no sé qué ley que se oponia á mi peticion.

Yo no he hecho esta demanda, á la cual mis amigos me habian inducido mas que para mi pobre Adelaida, pues tengo la repugnancia de tender la mano en nombre de un dolor, que quita á una muger su voz y sus fuerzas; yo no amo esa evaluacion pecuniaria de una sangre irreparablemente vertida.....

—Madre mia, esta clase de conversacion os hace siempre mal.

A estas palabras de Adelaida, la baronesa

Leseigneur de Rouville inclinó la cabeza sobre el pecho, guardando un triste silencio.

—Caballero, dijo la jóven á Hipólito, yo creo que el trabajo de los pintores son en general poco estrepitosos.

A esta cuestion, Stinner se puso encarnada como una cereza, acordándose del estrépito que armó en su taller, con objeto de llamar la atencion de sus vecinas. Adelaida no hubiera concluido, mas le salvó de alguna mentira, el ruido de un carruaje que se paró á la puerta de la calle, que al oirle Adelaida se levantó de pronto y se fué á la otra sala, de donde volvió trayendo dos candeleros dorados con bugías despuntadas, que ella encendió prontamente, y sin esperar al sonido de la campanilla que le denotara que álguien llamase, abrió la puerta de la primera pieza, donde habia dejado la lámpara.

El ruido de un beso dado y recibido, resonó profundamente en el corazon de Hipólito.

La impaciencia que devoraba al jóven de conocer y ver quién era el que trataba así tan

familiarmente á Adelaida, no le fué satisfecha tan pronto.

Los reciénvenidos tuvieron una larga conversacion con la hermosa jóven, en voz baja, que al pintor le pareció un siglo su duracion.

En fin, la señorita de Rouville reapareció seguida de dos hombres, cuyos modales, fisonomía y aspecto son toda una historia.

El primero, de edad de unos sesenta años, llevaba uno de esos trajes inventados, segun creo, en el reinado de Luis XVIII, y durante los cuales, el problema vestimental en lo mas difícil, fué resuelto por un sastre, que debiera ser inmortal. Este artista conocia infaliblemente el arte de las transiciones, que fué todo el génio de ese tiempo tan políticamente móvil. ¿No es, pues, un mérito bien raro el de saber juzgar su época?

Semejante traje, que los jóvenes de hoy dia pudieran tomar por una fábula, no era ni civil ni militar, y sin embargo podia pasar por ambas cosas.

Dos flores de lis bordadas adornaban las vueltas de las solapas. Los botones dorados

eran igualmente flor de lisados. Las hombreras vacías, parecían demandar inútiles charreteras. Estos síntomas de milicia eran como una solicitud sin firma.

En el otro viejo, la botonadura de su traje, de paño azul, estaba adornada de muchas cintas. Tenia siempre, sin duda, el tricornio de la mano, guarnecido de un alamar de oro, porque sus cabellos empolvados no demostraban la presión del sombrero.

Su rostro no podia acusar mas de cincuenta años, y parecia gozar de una robusta salud. Todo en él demostraba el carácter leal y franco de los viejos emigrados, y su fisonomia denotaba tambien los azares libertinos y fáciles, las pasiones alegres y la indiferencia de los mosqueteros, en otro tiempo tan célebres en los fastos de la galantería. Sus gestos, su modo de andar y sus maneras, anunciaban que él no queria corregirse ni de su realismo, ni de su religion, ni de sus amores.

Una figura verdaderamente fantástica parecia este pretencioso *picador de Luis XIV*, (tal fué el sobrenombre dado por los bonapartistas

á esos nobles restos de la monarquía), pudiera ser el principal objeto de un cuadro, no siendo en el presente mas que un accesorio. Figuraos un personaje seco y enjuto, vestido como lo estaba el primero, pero no siendo mas que su reflejo, su sombra.

El traje nuevo en el uno, se encontraba viejo y ajado en el otro. El polvo de los cabellos era menos blanco en el segundo, el sitio de las charreteras mas viejo y arrugado, la inteligencia mas débil, la vida mas avanzada en su término que el primero. En fin, realizaba esta palabra de Rivarol sobre Champcenetz: «Es mi claro de luna.» No era mas que la dualidad del otro, la doble palidez y pobreza, por lo que se encontraba entre ellos la diferencia que existe entre la primera y última prueba de una litografía.

Este viejo, mudo, fué un misterio para el pintor, y continuó constantemente siéndolo. El caballero, si él era caballero, no habló la menor palabra, ni nadie le preguntó tampoco. ¿Era este un amigo, un pariente pobre que pasaba cerca del viejo, galante como una se-

ñorita de compañía, cerca de una anciana señora? ¿participaba del término medio entre el perro, el papagayo y el amigo? ¿Había salvado la fortuna, ó solamente la vida de su bienhechor? ¿Era el *Trim* de otro capitán Tobias? En otras partes, como en casa de la baronesa de Rouville, escitaba siempre esta curiosidad sin jamás satisfacerla. ¿Qué pudo bajo la restauracion volver á adherirles, qué ligaba antes de la revolucion al caballero y á la muger de su amigo, muerto despues de veinte años?

El personaje que parecia ser el mas nuevo de estos dos restos, se adelantó galantemente á la baronesa de Rouville, le besó la mano y se sentó junto á ella. El otro saludó y se quedó detrás de su tipo á una distancia representada por dos sillas.

Adelaida apoyó sus codos sobre el dorso del salon, ocupado por el viejo gentil-hombre, imitando, sin saberlo, la posicion que Guerin dá á la hermana de Didon en su célebre cuadro. Aunque la familiaridad del gentil-hombre fuese como la de un padre, por el momento,

sus libertades parecieron disgustar á la jóven.

—Y bien, tú te disgustas? dijo él.

—Despues dejó caer sobre Stinner una de esas miradas oblicuas, llenas de finura y gracia, miradas diplomáticas, donde la espresion traduce la prudente inquietud, la curiosidad política de las gentes bien educadas, que parecen preguntar así que ven á un desconocido.

—Este es de los nuestros?

—Os presento á nuestro vecino, dijo la anciana señora, señalando á Hipólito. El señor es un pintor célebre, cuyo nombre debe seros conocido á pesar de vuestra indiferencia por las artes.

El gentil-hombre conoció la malicia de su vieja amiga en la omision del nombre, y saludó al jóven.

—Cierto, dijo él, yo he oido hablar mucho de vuestros cuadros en la última esposicion. El talento es un bello privilegio, caballero, añadió viendo la cinta encarnada del artista. Esa distincion, que nosotros hemos adquirido con el precio de nuestra sangre y de largos servicios, vos la habeis obtenido jóven, mas

todas las glorias son hermanas, continuó llevándose la mano á su cruz de San Luis.

Hipólito balbuceó algunas palabras de agradecimiento, volviendo otra vez á su silencio; no se cansaba de admirar con un entusiasmo cada vez mas creciente, la bellissima cabeza de la jóven por la cual estaba embelesado de tal manera, que pronto se olvidó de la miseria de aquel lugar, destacándose á sus ojos la figura de Adelaida, como si estuviera sumergida en una atmósfera luminosa y resplandeciente. Respondió brevemente á las preguntas que le fueron dirigidas y que él entendió perfectamente merced á esa facultad que tiene nuestra alma de dividir el pensamiento en cosas distintas algunas veces. A ¿quién no le es dado, estando sumergido en una meditacion voluptuosa ó triste, el escuchar la voz de un amigo y de asistir á una conversacion ó lectura? ¡Admirable dualismo, que frecuentemente ayuda á tomar lo fastidioso con paciencia! Fecundo y risueño, la esperanza le presenta mil pensamientos de dicha, y no quiere observar nada mas á su rededor. Jóven, lleno de confianza, le

parece enojoso el analizar un placer! Despues de un largo espacio de tiempo, se apercibió que la anciana y su hija jugaban con el gentil-hombre. Su satélite, fiel á su estado de sombra, se mantenía de pié detrás de su amigo, preocupado en el juego, respondiendo á las mudas cuestiones que le hacia el jugador con las pequeñas muestras de aprobacion que repetían los movimientos interrogatorios de la otra fisonomía.

—Un Halga, yo pierdo siempre, dijo el gentil-hombre.

—Vos descartais mal, respondió la baronesa de Rouville.

—¡Toma! tres meses que yo no puedo ganáros una partida, replicó.

—Caballero conde, teneis el as? preguntó la anciana.

—Sí, todavía marco, contestó.

—¿Quereis seguir mi consejo? murmuró Adelaida.

—No, no, nada quiero; todavía cuento delante de mí.

¡Vientre de cierva! será perder en demasia el no mirar su cara?

En fin, la partida terminó. El gentil-hombre sacó su bolsa, y dejando dos luses sobre el tapete, no sin humor, dijo:

—Cuarenta francos, justos como el oro. ¡Diantre, son las once!

—Las once han dado, repitió el personaje mudo mirando al pintor.

El jóven entendió esta palabra distintamente que los otros, creyendo que era hora de retirarse. Entrando luego en el mundo de las ideas vulgares, encontró algunos lugares comunes para tomar la palabra, y saludando á la baronesa, á su hija y á los dos desconocidos, salió hecho presa su corazon de las primeras felicidades, del amor verdadero, sin buscar ni analizar los pequeños acontecimientos de esta soare.

Al otro dia el jóven pintor sintió mas ardiente el deseo de volver á ver á Adelaida. Si él hubiera escuchado á su pasión, se estaria en casa de sus vecinas las seis horas de la mañana que estaba en el taller.

Sin embargo todavía estuvo en su razon y aguardó hasta el medio dia, que creyó poderse ya presentar en casa la baronesa Rouville, y

bajó, llamó á la puerta, no sin latirle vivamente el corazón, y encarnado y lleno de rubor como una niña pidió timidamente el retrato del baron á la señorita Leisegneur, que acudió á abrir.

—Pero entrad, pasad adelante, le dijo Adelaida, que sin duda habia oido bajar á Hipólito.

El pintor la siguió lleno de vergüenza y timidez, sin acertar á decir nada, pues tanta belleza, le tenia en un estado de estupidez completa. Ver á Adelaida, sentir el crugido de su ropa, despues de haber deseado durante toda una mañana el estar cerca de ella, despues de haberse levantado cien veces diciendo:—Si bajaré, si no bajaré; este estado tan lleno de vivas sensaciones y tan prolongadas le hubieran gastado el alma. El corazón tiene el singular poder de dar un precio extraordinario á las cosas. Qué gozo no es para el viagero el encontrar una brizna de yerba, una hoja desconocida, si él arriesga su vida por buscarla! Las cosas del amor son así.

La anciana no estaba en el salon. La jóven se encontraba sola con el pintor; puso una silla

para alcanzar el retrato, mas apercibiéndose que no podia descolgarlo sin poner el pié sobre la cómoda, volviöse al pintor y le dijo toda ruborizada:

—Yo no soy bastante alta. ¿Quereis hacerme el obsequio de alcanzarle?

Un sentimiento de pudor, del cual daba testimonio la espresion de su fisonomía y el acento de su voz, fué el verdadero motivo de su peticion; y el jóven lo comprendió así, y le dió una de esas miradas inteligentes que son el mas dulce lenguaje del amor. Comprendiendo que el pintor la habia adivinado, bajó los ojos con cierto movimiento de ufanía, cuyo secreto solo poseen las vírgenes. No teniendo nada que decirle y casi intimidado, el pintor despues de bajar el cuadro lo examinó gravemente, colocándole frente á la ventana, sin decir otra cosa á la señorita Leisegneur que «Yo os lo devolveré pronto.» Los dos durante un rápido instante sintieron una de esas vivas conmociones cuyos efectos en el alma pueden compararse á los que produce una piedra arrojada al fondo de un lago. Las reflexiones mas dulces, nacen,

se suceden, indefinibles, múltiples y sin objeto, agitando el corazón como las ondas circulares que se repliegan y reproducen por largo tiempo desde el punto en que la piedra ha caído.

Hipólito volvió á su taller, armado del retrato; lo dejó en el caballete, limpió con la tohalla sus pinceles, cargó la paleta de colores y escogió un sitio bueno para principiar su nuevo trabajo.

Así pues, hasta la hora de comer, trabajó en el retrato con ese ardor que los artistas tienen por sus caprichos. Por la tarde volvió á casa de la baronesa de Rouville y se estuvo hasta las once de la noche.

Escepto algunas diferentes especies de conversacion, esta tertulia se semejaba exactamente á la anterior. Los dos viejos llegaron á la misma hora, la misma partida de piquet tuvo lugar, las mismas frases fueron dichas por los jugadores, la suma perdida por el amigo de Adelaida fué mas considerable que la perdida en la velada anterior; solamente Hipólito un poco mas animoso osó hablar con la jóven.

Ocho dias se pasaron de este modo, durante los cuales los sentimientos del pintor y los de Adelaida sufrieron las delicias y lentas trasformaciones que llevan las almas á una perfecta inteligencia. Así de dia en dia, las miradas que recibia Adelaida de su amigo se hicieron mas íntimas, mas confiadas, mas alegres y mas francas; su voz y sus maneras eran mas libres y familiares. Los dos reian, conversaban y comunicábanse sus pensamientos, hablaban de sí mismos con la ingenuidad de dos niños que en el espacio de un dia han hecho conocimiento como si se trataran ya mas de tres años.

Stinner quiso aprender á jugar el piquet, ó juego de los cientos. Ignorante y novicio hizo naturalmente un disparate detrás de otro, y como el viejo, perdía en todas las partidas.

Sin haberse confiado todavía sus amores, los dos amantes sabian que se pertenecian el uno para el otro. Hipólito se complacia en ejercer su poder sobre su tímida amiga. Mas las concesiones que le fueron hechas por Adelaida, que medrosa y apasionada ejercia la boberia de esos falsos disgustos ó celos que la amante

menos hábil, ó la jóven mas inocente é ingénua inventan, y de los cuales se sirven sin cesar como los niños mimados que abusan del poder que les dá el cariño de la madre. Así, pronto cesó toda familiaridad entre el viejo conde y Adelaida.

La jóven comprendió la tristeza del pintor y los pensamientos ocultos en los pliegues de su frente; en el acento brusco y de pocas palabras que él pronunciaba así que el viejo besaba con desenfado las manos ó el cuello de Adelaida.

Por su parte, la señorita Leisegneur bien pronto pidió á su amante una cuenta severa de sus mas mínimos actos; ella estaba triste é inquieta cuando Hipólito no venia, sabia regañarle por su tardanza de tal manera que el pintor tuvo que renunciar á visitar á sus amigos y no frecuentar ninguna reunion.

Adelaida le reprendía con el celo natural de las mugeres, sabiendo que alguna vez, al salir de casa de la señora de Rouville, á las once, el pintor hacia algunas visitas y frecuentaba los salones mas brillantes de Paris. Este género de vida es muy malo para la salud, le

decia ella, con aquella conviccion y acento, con aquel gesto y mirada de una persona amante que dá tanto poder. Ella pretendia «que un hombre, obligado á prodigar á muchas mugeres á la vez, sus galanterías y las gracias de su espíritu, no podia ser objeto de una pasion viva.»

El pintor fué, pues, condenado, mas por la vehemencia de su amor, que por las exigencias de la hermosa niña y fiel amante, á no frecuentar mas que aquella pequeña habitacion, donde tan feliz era. En fin, jamás amor fué ni mas puro, ni mas ardiente. De una parte y de otra, la misma fé, la misma delicadeza, hicieron crecer esta pasion sin el curso de esos sacrificios, por los cuales muchas gentes buscan y se privan del amor. Entre ellos existia un cámbio continuo de dulces sensaciones que no sabian cuál de los dos daba ó recibia mas.

Una pendiente involuntaria hacia mas estrecha la union de sus almas. El progreso de este sentimiento verdadero, fué tan rápido, que dos meses despues del accidente aquel por el cual el pintor habia tenido la dicha de conocer